





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2011, Mario Conde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-800-6

Derechos de autor: 036160

Depósito legal: 004647

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Mayo 2011

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Junio 2017

Quinta impresión en Santillana Ecuador: Abril 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Tito Martínez

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Juan Carlos Carrera

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# No me llevo con vos porque estás con tos

Mario Conde



loqueleto





*Para Julia Amelí,  
porque cada día de su vida  
constituye una historia nueva que contar.*

# Índice

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana

El estornudo más largo del mundo .....	11
La sopa de la abuela .....	17
La canción del abuelo .....	25
El Hombre de las Calaveras .....	31
El Señor Pastilla .....	37
La mano de mamá .....	43
Si mal no recordaba .....	53
Dos luces amarillas .....	59
La salvación .....	67
Un paño de agua tibia .....	73
Los hombres-clavo .....	81
El frasco de jarabe .....	89
Doremí era un grano de arena .....	97
Al abrir los ojos .....	103
La canción de Ariel .....	111

Biografía .....	117
Cuaderno de actividades .....	119

## El estornudo más largo del mundo



se oyó en toda la escuela, especialmente en el pasillo que conducía a los quintos grados. Fue un estornudo pavoroso como un trueno que anuncia un aguacero, ruidoso igual que un grito de gol en el estadio, largo como el disparo de una ametralladora.

—¡Achís, chis, chis, chis!

—La señora González —murmuró Doremi desde su pupitre—. Ahí viene la señora González.

El comentario fue innecesario, pues en todo el plantel había solo una persona capaz de estornudar así: la señora González, la directora de la escuela. Enseguida el Quinto B se puso en alerta.

En efecto, tras expulsar su escandaloso estornudo, la señora González avanzó por el pasillo hacia la puerta del Quinto B. Su figura gorda, grandulona, gruesa, global (le calzaba cualquier palabra con G) se tambaleaba como un gigante a punto de caer al suelo.

Al contrario de su personalidad de tormenta que arrasa con todo, abrió la puerta del aula despacio e ingresó con pasitos débiles y cansados. La Tormenta González había quedado reducida a gotitas de saliva que salpicó en un segundo estornudo.

—¡Achís, chis, chis, chis!

—¡Buenos días, señora directora! —saludaron en coro las alumnas, listas para la inspección de los viernes.

—¿Cómo se han portado esta semana? —preguntó con voz ronca y ahogada, igual que un carro viejo.

Doremí (en realidad no se llamaba así, pero todos la conocían con ese nombre de partitura musical) la escuchó en silencio, más con lástima que con respeto. Daba pena el aspecto de



la señora González: los cabellos, que siempre se los recogía hacia atrás en un moño, andaban sueltos y alborotados como estudiantes en recreo. Tenía el rostro seco y amarillo, ni más ni menos que naranja chupada. Los ojos formaban dos bolas rosadas que chorreaban lágrimas. La nariz era lo más lamentable: achatada en los polos y ensanchada en la línea equinoccial. Un globo terrestre cubierto las tres cuartas partes por una congestión de mocos. En verdad daba lástima verla.

—¡Zsss! ¡Zsss! —se sonó la nariz con un pañuelo mojado como nalga de bebé—. No olviden limpiar el aula a la salida.

—No, señora directora —coreó el grado.

—Por hoy les dejo —habló con una débil voz—, estos estornudos y este catarro me están matando.

—¡Que se mejore! —le deseó la señorita Aída, la profesora del grado.

—Ojalá.

Antes de abrir la puerta, se llevó el pañuelo a la boca y lanzó un tercer estornudo, igual de lar-

go que los anteriores, digno de ingresar en el *Libro Guinness de los récords*:

—¡Achís, chis, chis, chis!

—¡Salud, lud, lud, lud! —murmuró Doremí en voz baja.

Posiblemente la señora González la oyó, pero andaba tan acatarrada que abandonó el aula sin sermonearla.

—Prosigamos la clase —dispuso la señorita Aída.

Las alumnas volvieron al texto de Geografía que habían estado leyendo. Todas, excepto Doremí, quien al instante sintió un lagrimeo en el ojo derecho, unas cosquillas en la nariz y una carraspera en la garganta, como si se hubiera tragado una bolita de chicle.

—¡Achís! ¡Achís! ¡Achís! —estornudó.

—¡Salud, lud, lud, lud! —corearon a viva voz sus compañeras.

—Concéntrense en la lección —dijo la señorita Aída—. No más chistes sobre el estornudo de la directora. Y tú, Doremí, la próxima te quedas castigada.

—Pero si no fue chiste, señorita —protestó,  
y estornudó de nuevo.

Esta vez sus compañeras no bromearon.  
Al rato, una chica de una fila del medio lanzó  
también un estornudo:

—¡Achís!

Luego alguien de atrás:

16

—¡Achís!

Por último, la señorita Aída:

—¡Achís!

Nadie rio ni dijo: «Salud». Todas se miraron  
preocupadas.

*La directora González,  
que estornudaba a raudales,  
les había pasado sus males.*

La sopa  
de la abuela

Muestra  
promocional  
Prohibida  
su venta

© Santillana

era una dieta obligada cuando un miembro  
de la familia enfermaba. Así que, al llegar a  
casa con estornudos, toses, lagrimeo y mo-  
cos, Doremí vio a la abuela sacar una olla de  
bronce que utilizaba exclusivamente para es-  
tos casos.

17

Mientras la abuela vigilaba cómo la sopa daba  
botes en la olla, el resto de la familia esperaba  
en la mesa del comedor: el abuelo, silbando una  
canción triste y fría que parecía acompañar a la  
lluvia que caía afuera; Ariel, el hermano menor  
de Doremí, agitando un salero de cristal en cuyo  
interior se desarrollaba una disputa entre la sal y  
unos intrusos granos de arroz: ¡Chischás! ¡Chis-  
chás! ¡Chischás!; y Doremí con los ojos que se le  
cerraban.

—Verás que con la sopita te mejoras, hija.

La abuela le sirvió un inmenso plato que echaba vapor por todos lados.

—No tengo hambre, abue.

Observó que su hermano le dirigía una mueca de complicidad al abuelo, pero él no le hizo caso.

—Debes comer un poco, hija.

El abuelo dejó de silbar.

—¡Achís! ¡Achís! ¡Achís! —fue su respuesta.

Y al mismo tiempo la bolita de chicle le raspó la garganta. Tosió con fuerza:

—¡Cof! ¡Cof! ¡Cof!

—Con esa tos murió el perro de don Roldós —dijo el pequeño Ariel.

No tenía ánimo para pelear. Estaba mal desde la escuela. Sentía en el cuerpo un frío de refrigeradora. Le ardía la garganta. Le picaba la nariz. Le lagrimeaban los ojos. Le daba vueltas la cabeza. Le dolía hasta el pelo.

—También voy a preparar una limonada caliente —dijo la abuela, tras servir al abuelo y a Ariel—, y te la tomas con una pastillita.



—¡Pastillas no, abue! ¡Porfa! Son horribles. Saben a hospital, ¿verdad, abuelo?

—¿Recuerdas cuando tenías la edad de Ariel? —preguntó el abuelo—. Te partía las pastillas con una cuchara y... ¡adentro, Señor Pastilla!

El pequeño Ariel, que vestía el mandil celes-  
te del jardín de infantes, permanecía quietito  
en su silla y sin levantar la vista del plato. A él  
que ni lo vieran. Tampoco se llevaba bien con  
las pastillas.

La abuela cortó tres limones y los exprimió  
en un perol de agua puesto sobre la cocina.

—Me tomo la limonada, pero no la pastilla.  
¿Sí, abue?

—Y yo llamo a mamá al trabajo —advirtió  
la abuela—. A ver qué dice ella. ¿Y te imaginas  
cómo se preocupará tu papá cuando regrese  
mañana y te encuentre enferma?

Las razones de la abuela eran de peso. Dore-  
mí no deseaba preocupar a su madre, ni mucho  
menos a su padre, que estaba fuera de la ciudad  
por trabajo. Aceptó tomarse una pastilla, pero  
partida, como sugería el abuelo.

—¡Achís! ¡Achís! ¡Achís! —estornudó de  
nuevo y apartó el plato de sopa sin haber pro-  
bado ni una cuchara.

—¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! —bromeó su  
hermano.

Al rato, la abuela colocó sobre la mesa una  
taza de limonada caliente y salió a buscar una  
pastilla del botiquín.

—Mejor en su cuarto —dijo el abuelo—.  
Con semejante lluvia y frío, será mejor llevar-  
me a la niña a su cama.

Ariel lanzó una risita, se puso de pie, levan-  
tó los brazos e improvisó una recitación:

*¡Piña para la niña!*

*Lero, lero, candelero.*

*¡La niñita está enferma!*

*Lero, lero, candelero.*

Entumida por el frío, Doremí trató de le-  
vantarse, pero al instante sintió que la cocina  
daba vueltas. Mareada, se dejó caer en la silla,  
entonces el abuelo la alzó en sus brazos, como